La pesadilla

Víctor Hugo Rotaheche

Image not found.

Capítulo 1

La pesadilla

Por Victor Hugo Rotaheche

"Con frecuencia me he preguntado si el común de los mortales se habrá parado alguna vez a considerar la enorme importancia de ciertos sueños. Así como a pensar acerca del oscuro mundo al que pertenecen"

Howard Philips Lovecraft en Más allá del muro del sueño

He contado esto miles de veces. Lo hago porque soy inocente, insisto en ello a pesar de estar detrás de estos barrotes. Que no lo engañe mi aspecto falto de prolijidad; ¿Acaso es comprobante suficiente para validar el estado mental de un hombre? Pues yo digo que no.

La culpa no es mía, señor. Todos me observan como a una bacteria atrapada entre los cristales de un microscopio. ¿Acaso no ven que soy importante? Soy el comerciante más acaudalado de toda la región de Arkham. Mantengo estrechas relaciones financieras con personas de Dunwich, Salem's Lot, y en innumerables condados de Nueva Inglaterra. Que me juzguen mis socios, a ellos me debo, pues soy dueño de mi propia cordura.

Sólo accedí a hablar con usted porque fue amable conmigo. Y hondo es mi pesar al no hallar alma caritativa en este agujero olvidado por Dios. Si quiere oírme, procederé a revelar el penoso relato que acarreó a mi injusto encarcelamiento, quiero que usted sepa lo que *en verdad sucedió*.

Todo comenzó con la pesadilla. Y no hablo de cualquier pesadilla, sino una en especial. Muchos sueñan que caen desde grandes alturas, o que tropiezan, yo en cambio, sueño de tal manera que cuando despierto no es alivio lo que recorre mi cuerpo, no señor. Es pavor. Mis huesos se sacuden dentro de mí, hiriéndome. Al levantarme, siento tanto dolor, como si me hubieran propinado una fatal paliza. Todas las noches es lo mismo.

Pero lo peor acontece en la pesadilla misma. Cuando me sumerjo en ella.

En una completa oscuridad yo camino. Sólo veo tinieblas. Tinieblas que se retuercen como si fueran parte de un océano primigenio. De pronto, de ese negro manto, comienzo a distinguir formas. Tres extrañas burbujas que se contraen desprendiéndose del suelo. Brillan y refulgen por todo el lugar. Como amantes que nacen el uno para el otro, estas esferas se pegan la una a la otra y giran en el aire en círculos concéntricos; dan una y mil vueltas hasta deshacerse en infinitos espirales. Luego se separan, y se arrastran hacia mi dirección. Me rodean, me escupen. Comienzan a

girar alrededor de mí como si fueran abejas danzando alrededor de la flor abierta. La forma del espiral se repite, y esta vez estoy yo en su centro, prisionero de sus pecaminosos movimientos.

Es entonces cuando observo el mar. Iluminado ahora por mis captores. Se abre y de sus olas, emergen tres individuos cubiertos con batas blancas. Son altos y delgados. Flotan sobre la superficie y extienden sus zarpas hacía el ritual rítmico que me apresa. Se aproximan y pronuncian palabras que jamás han sido oídas por el oído humano, y se retuercen extasiados. El primero de ellos saca un cuchillo de su interior y comienza a clavarlo en mi cuerpo, estocada tras estocada la sangre cae sobre los espirales, inundándolos. El segundo y tercer encapuchado repite los movimientos del primero, mi sangre los salpica y el festín es ya descomunal.

Al despertar, le juro señor, que desearía estar muerto. En vano duermo cada noche con un revolver bajo mi almohada, nada detiene a los tres encapuchados ni a sus criaturas esféricas. Basta con decir, que este artilugio defensivo, me puso aquí en vez de librarme de mi tormento.

En la última las noches, que dormía yo en casa, ocurrió el desastre. Mis tres mejores amigos decidieron quedarse esa noche para velar por mí. Ya conocían de mi pesar, pero buscaban asegurarse que nada malo me ocurriese. ¡Pero ay dios que error! En el momento culmine de la pesadilla di tal grito, que mis amados amigos se acercaron para intentar sujetarme a la cama, pues de seguro mi espectáculo no era de lo más encantador. Y pues claro, en mi pesadilla, los tres miembros del océano primordial se disponían a sacrificarme, a descuartizarme como a un borrego nuevo. Abrí los ojos, sacudido por los constantes llamados de mis amigos, pero con la mente nublada por el sueño y el miedo. Fue tan rápida mi reacción, que no se lo esperaron. Busqué bajo mi almohada el arma cargada e hice fuego contra quienes creí mis captores. El cañón rugió en mi habitación, el estruendo invadió mis sentidos, arrollados aún por la reciente pesadilla.

Maté a uno, y dos están gravemente heridos en el hospital. Por eso me han encerrado. Y quisiera que fuera un mal sueño. Pero no.

Ya no tengo salvación. Mi condena se hará efectiva esta misma tarde. Pero a pesar de eso, me invade la calma. Ya he contado mi historia, y me doy cuenta que le ha gustado señor Howard. Gracias por oírme. Quiero regalarle esta historia, es suya. Que no me olviden. Quiero que todos sepan como murió este hombre valiente. Haga que no me olviden señor Howard Philips. ¡Por lo que más quiera!